

des y condiciones de la época y, por eso, al dar cima a un nuevo año de trabajos y al inaugurar otro, debe estar satisfecha de sus afanes. Pero, también se siente obligada, por la nobleza de su tradición, por lo glorioso de su historia y por la alta calidad de los ilustres médicos que en otros tiempos la han honrado singularmente, a que la obra que realice en el futuro, sea todavía más fecunda para el bienestar público, más valiosa para el progreso de las ciencias médicas, y, por lo mismo, más digna de nuestro México. Que así sea, para honor y prestigio de nuestra Academia.



Discurso leído por el Dr. Francisco de P. Miranda, Presidente de la Academia, en la sesión solemne del 1º de octubre de 1934

C. Secretario de Educación Pública;

Señores Representantes de las Asociaciones Científicas;

Señores Académicos:

A la benévola estimación de los señores Académicos debo, y ello será motivo de perenne agradecimiento, verme hoy elevado a puesto al que mis merecimientos no habrían de llevarme, a no ser de tomar por tales, mi devoción por la verdad científica y por esta misma Academia, a la que de corazón procuro honrar con mi dedicación y esfuerzo continuado. Mas de seguro que la honra que hoy me confiere es muy más elevada que la que yo pudiese darle.

Oblígame especialmente el verme objeto de la misma dignación que en el pasado gozaron varones de tanta sabiduría y de tan limpios nombres, que fueron merecedores, no sólo de la estimación de sus contemporáneos, sino también de que su recuerdo perdure entre nosotros.

Me honra asimismo, el recibir este mandato de manos de quien ha sabido traducir en obras su alto pensamiento y su emocionada pasión; el que joven aún, es para nosotros no sólo una promesa, sino un ejemplo, que, por lo tanto, ha podido poseer a la vez que la estimación de sus maestros, la de sus alumnos de verdad, poniendo en

juego la madurez de un espíritu cultivado y fecundo, y el impetuoso entusiasmo de la juventud.

Creo hacerme intérprete del sentimiento de todos mis colegas académicos al hacer presente al doctor Ignacio Chávez la complacencia con que hemos visto su actuación en la presidencia de nuestra corporación, en la que puso de manifiesto la misma recia voluntad de creación de la que en otra parte ha dado muestras imperecederas.

Esta feliz circunstancia vendrá a facilitar la tarea que hoy se me encomienda, pues debo declarar que lo que me sea posible realizar, no será sino el resultado natural de lo madurado y conquistado por mis predecesores.

Estoy por otra parte seguro de que no se me encomienda una tarea que habré de realizar solo, sino que contaré con las luces y con la ayuda de todos mis colegas, colaboración que sé no habrán de negarme, ya que conozco que esta nuestra Academia de Medicina vive y vivirá principalmente por el amor de los que somos sus hijos, amor que colocamos por encima de nuestros intereses y nuestras pasiones.

El espíritu sabio y comprensivo del actual C. Secretario de Educación, que hoy nos honra con su presencia, con el subsidio por él concedido, hará posible la realización de proyectos acariciados por nosotros, que vendrán a dar un nuevo aliento de vida a nuestra corporación.

Nuestra Academia, señoras y señores, vive para la verdad científica y para el bien que de esta verdad se deriva. La investigación de la verdad científica es obra de talento y de cultura esencialmente desinteresada. Obra de amor y de sacrificio, de inmolación en aras del ideal de todo lo que es propio del individuo. Pero para que este sacrificio sea posible, provechoso y aprovechable íntegramente, necesita que se remuevan todas las ligas, todos los obstáculos que puedan limitar la acción del individuo.

La libertad es la condición primera de toda investigación científica. Libertad material y espiritual, que desligando al individuo de todas las preocupaciones y de todos los temores, da alas a su entendimiento y amplía indefinidamente los horizontes de la acción.

No es mera coincidencia que la edad moderna haya sido la época del florecimiento de la ciencia a la vez que la época en que se tuvo la libertad como un ideal. Si hemos de condenar esta época habrá

de ser porque condujo a una civilización material en que la riqueza nacida de la productividad engendró a su vez lo superfluo que vino a esclavizar a todos.

La Academia no ambiciona lo superfluo que habría de esclavizarla, quiere poseer tan sólo lo necesario que ha de darle la libertad que ambiciona. Lo necesario es siempre poco cuando se posee la virtud de la austeridad. No desea presentarse a los ojos del mundo con fastuosidad de potentado, desea tan sólo presentarse con decencia y dignidad. Por ello nuestros esfuerzos serán dirigidos primeramente al arreglo del local con que contamos en esta casa, que ya remozada ofrece tal contraste con el pequeño rincón que ha ocupado, que con dolor nos hemos visto obligados a abandonarlo temporalmente. Ese pequeño rincón que habremos de transformar para que sea digno, volverá a ser pronto el hogar que nos dé el abrigo y el calor necesarios para nuestro recogimiento y nuestra paz.

Un paso más y habremos de poner nuestro empeño en lo que constituye el alimento de nuestro espíritu, la base de nuestro saber, a la vez que el deleite de nuestra mente atormentada por la sed de enseñanzas. Carecemos en México, triste es decirlo, de una verdadera biblioteca médica. Tal parece que hasta ahora muy pocos espíritus se han penetrado de la urgencia que para la obra de nuestro perfeccionamiento científico significa una biblioteca. Porque no hemos de llamar con tal nombre lo que es sólo una colección de libros viejos y modernos que no basta siquiera a las necesidades de los que apenas se inician en el estudio de nuestra ciencia. La biblioteca de la Academia debe ser la materia prima de la investigación que se intenta llevar a cabo con mayor perfección, y para realizar este fin es necesario que a ella afluya a diario lo que constituye el acervo más reciente del pensamiento médico contemporáneo.

La imposibilidad en que estamos de consultar la bibliografía moderna priva a nuestros trabajos de aquellas cualidades que Cervantes echaba de menos en su inmortal leyenda, a la que juzgaba "seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro", cualidades que en un trabajo científico no son meras galas de ornato que satisfagan la vanidad de sus autores, sino base y armazón del edificio que intentamos construir. Falta es esta que, a más de exponernos a descubrir el Medi-

terráneo o a aceptar teorías de sobra expuestas y hasta desechadas, nos pone en trance de no hacer justicia a los que antes de nosotros han labrado el surco y de vestirnos con galas que pertenecen a otros.

Para el investigador no bastan ya los libros, precisan las revistas donde de primera mano se nos brinda el pensamiento científico sin deformaciones ni omisiones, con los protocolos de experiencias que apoyan las conclusiones del autor. Precisa tener a la mano colecciones completas e ininterrumpidas de las mejores revistas, lo que significa una labor constante cuya cima nunca se alcanza y que, por lo tanto, no puede ser obra de un momento o de un esfuerzo aislado, sino de la constancia en el esfuerzo sostenido incesantemente en el futuro. Nadie puede pensar que con el limitado canje de nuestra Revista podamos satisfacer esta necesidad; y continuar atentos a los recursos de las pequeñas bibliotecas privadas, es del mismo modo pedir un imposible. Vamos, pues, con fe a intentar realizar este programa, que sencillo al parecer, sería de incalculables beneficios.

Tenemos la convicción íntima de que no basta lo delineado para que la producción científica de nuestra Academia llegue a ser lo que deseamos que sea.

No se satisface con esto la sed de sacrificios que la diosa verdad exige. El investigador debe poseer, hemos dicho, libertad completa, la ciencia exige una dedicación exclusiva, sin regateos ni distracciones, satisfechas las necesidades ingentes de la vida, y sin compromisos ajenos al ideal que se persigue. Nuestro medio no ha podido realizar el desiderátum de los profesores o investigadores pagados por todo su tiempo. En tanto nos veamos obligados a trabajar en los ratos robados al diario trabajo, al esparcimiento del hogar y al descanso necesario, no podrá esperarse de nosotros labor acabada. Otros organismos y corporaciones de que la Academia es complemento, deberían realizar lo que ésta no puede hacer por sí misma. Por eso es motivo de tristeza el que nuestra **Alma Mater** viva cada vez más empobrecida y angustiada, haciendo estériles los sacrificios individuales de los que en ella pusieron su pensamiento y su amor.

La Academia, ligada siempre a la Universidad por nexos, no sólo afectivos, sino de esencia, no puede menos de sentir el mismo angustiado dolor al verla debatirse en luchas económicas de las que esperamos saldrá al fin liberada y ennoblecida.

No necesito, afortunadamente, hacer un llamamiento a la Academia para que mantenga las tradiciones morales de nuestra profesión, pues siempre ha contado con espíritus selectos que saben rendir igual tributo al bien que a la verdad. Si la ciencia progresa incesantemente, si es posible y natural que los hombres de hoy superen a los de ayer en la ciencia, difícil será que los superen en integridad moral, en su firme contextura y en la alteza de sus ideales. Conformémonos en esto con seguir el ejemplo de los mayores y en legar a la posteridad la misma limpieza de conciencia, la misma fortaleza y la misma rectitud, superando al medio que nos rodea por todas partes, amenazando con arrastrarnos en el naufragio de los valores morales y manteniendo nuestros ideales a una altura en que rebasen el plano de las pasiones y de las mezquindades humanas.

No caigamos por esto en el error de creer que formamos una selección, una élite lejos del plano donde se debate la masa humana. Formamos parte integrante de una colectividad y somos fermento a la vez que materia fermentescible; lejos de todo aislamiento, luchamos en el seno, en el corazón mismo de esa masa; inexorable y fatalmente reunidos a ella y, al tratar de salvarla de la putrefacción y la desintegración orgánica, no hacemos sino procurar nuestra propia salvación.

Pongamos en la empresa todo lo mejor que tengamos en nosotros mismos, arranquemos la cizaña y la discordia que todos llevamos en nuestro ser, para poder cultivar la espiga y el grano, y conuemos la labor que nos hemos impuesto abrazados a ella con la fe y el amor de iluminados, y con la honda humildad del más sencillo de los obreros.



Encefalitis Infantiles

Por el Dr. Alfonso G. Alarcón¹

Todo médico provisto de alguna experiencia clínica, que haga memoria respecto a su práctica en medicina infantil, puede formar una estadística importante de los casos de niños de todas las edades

¹ Leído en la sesión del 24 de octubre de 1934.